

ARTÍCULO

El fracaso del capitalismo verde y los desafíos frente a la crisis socioambiental del neoliberalismo

The Failure of Green Capitalism and the Challenges of the Socio-Environmental Crisis under Neoliberalism

Emilio Taddei

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina



Resumen

Este artículo analiza los factores sociales y políticos que intervienen en la agudización de la crisis climática y su relación con las estrategias neoliberales de tratamiento de la misma por medio de procesos de mercantilización de la naturaleza, que dieron origen a la llamada economía verde o capitalismo verde. Se exponen diversos indicadores recientes que dan cuenta de la evolución de las dinámicas ambientales analizadas y se indaga la relación entre los procesos de concentración de la riqueza a escala global y la responsabilidad diferenciada de distintos sectores sociales en el desarrollo de la crisis climática. Se señalan los desafíos que plantea el fracaso del capitalismo verde y el significado de las transiciones justas o ecosociales en la construcción de alternativas a la crisis socioambiental.

Palabras clave: capitalismo verde, crisis socioambiental, neoliberalismo, transiciones ecosociales justas

Abstract

This article analyzes the social and political factors contributing to the worsening climate crisis and their relationship to neoliberal strategies for addressing it through the commodification of nature, which gave rise to the so-called green economy or green capitalism. It presents various recent indicators that illustrate the evolution of the environmental dynamics analyzed and explores the relationship between the concentration of wealth on a global scale and the differentiated responsibility of various social sectors in the development of the climate crisis. It highlights the challenges posed by the failure of green capitalism and the significance of just or ecosocial transitions in building alternatives to the socio-environmental crisis.

Keywords: green capitalism, socio-environmental crisis, neoliberalism, just ecosocial transitions

Finalmente la respuesta dada a la intensificación del daño ecológico se resume a un asunto de poder —quién lo detenta y con qué fines se ejerce. En el origen del poder en la economía global se encuentra la fuerza estructurante de la propiedad.

Adrienne Buller, *The Value of a Whale* (2022)

Introducción

Entre el 10 y el 21 de noviembre de 2025 se desarrolló en la ciudad de Belén, Brasil, la 30ª Conferencia de las Partes sobre Cambio Climático de Naciones Unidas (más conocida como COP 30). Se trata de una cumbre con alto contenido simbólico. En primer lugar, porque se realiza en el corazón de la región amazónica, pulmón planetario y territorio cuya preservación resulta decisiva para regular la temperatura global y para la salvaguarda ambiental de la Tierra. El segundo motivo se relaciona con el hecho de que fue también en Brasil, en Río de Janeiro, donde tuvo lugar en 1992 la primera Cumbre de la Tierra organizada por las Naciones Unidas, que fue una caja de resonancia de alcance internacional para alertar sobre los problemas causados por el deterioro ecológico y ambiental generado por el actual proceso civilizatorio. En dicho encuentro se sentaron las bases para la creación de la arquitectura institucional de las Naciones Unidas, que desde hace ya tres décadas es el marco político-internacional de negociaciones y compromisos para la implementación de las políticas de tratamiento de la crisis climática. Frente a los indicios de su agravamiento y del rápido deterioro socioambiental del planeta reemergen y se actualizan debates sobre los orígenes de la crisis climática y su relación con las soluciones sistémicas implementadas desde fines del siglo XX. Estas políticas están asociadas con el desarrollo de lo que comúnmente se denomina economía verde o capitalismo verde.

En la primera parte de este artículo nos referimos al surgimiento del concepto de Antropoceno, utilizado para designar el período histórico que corresponde al origen y al desarrollo de la crisis ambiental. Presentamos diferentes cuestionamientos formulados al mismo por diversas corrientes y autores del pensamiento crítico. En la segunda parte, exponemos algunos datos e indicadores recientes sobre los procesos que alimentan la crisis climática. En la tercera parte, analizamos la relación entre el deterioro socioambiental, los procesos de concentración de la riqueza a escala global y la responsabilidad diferenciada de los sectores de altos ingresos en la crisis climática. En la cuarta parte, presentamos algunos de los cambios políticos que tuvieron lugar recientemente en Estados Unidos (EE. UU.) y en la Unión Europea (UE), su relación con la crisis de las políticas de protección ambiental y la promoción del extractivismo transnacional. Por último, nos referimos a los interrogantes que plantea el fracaso del capitalismo verde y el papel de las transiciones ecosociales justas en la construcción de alternativas a la crisis socioambiental del capitalismo.

El Antropoceno y las controversias conceptuales sobre los orígenes de la crisis climática

En 1944, el economista, antropólogo y filósofo de origen austríaco Karl Polanyi publicó en EE. UU. el libro *La Gran Transformación*, obra dedicada a analizar el desarrollo histórico del capitalismo y de la economía de mercado en Inglaterra y la gran transformación social que esta experiencia produjo en el mundo occidental. La originalidad del estudio de Polanyi reside en su capacidad para explicar estos procesos a partir no solo de la consideración de factores económicos, sino también como resultado de la influencia de factores culturales, naturales y otros de diversa índole. Polanyi señaló que la mercantilización de todos los factores de producción (tierra y trabajo humano) en beneficio del capital fue determinante en el proceso de transformación capitalista de la economía, la sociedad y la naturaleza. Se refirió a esta mutación como una *Gran Transformación* y señaló cómo la puesta en marcha de la nueva ciencia económica disparaba un mecanismo que funcionaba con la única motivación de la ganancia. La profundidad de su análisis sobre las transformaciones de las sociedades europeas a partir del siglo XV convirtió a esta

obra en una referencia en el campo de las ciencias sociales, por su aporte al estudio y a la comprensión de los procesos sociales en una perspectiva histórica de larga duración. En el período de posguerra y en un contexto histórico marcado por los interrogantes generados por las consecuencias ambientales del modelo de industrialización y de consumo capitalista, la obra del austríaco influyó distintos estudios e investigaciones que marcaron el nacimiento de las ciencias y de los estudios de la Tierra.

En los años sesenta y setenta, la cuestión ambiental emergió como un problema de relevancia social. Al respecto se señalaron cinco factores presentes en este proceso:

Por un lado, se hace referencia a un conjunto de textos aparecidos en esos años [...] que denuncian procesos de contaminación y deterioro ambiental y/o reflexionan sobre las causas y consecuencias de éstos, sobre sus implicancias en el pensamiento económico y de las ciencias en general, y sobre la relación sociedad-naturaleza. Por otro lado, se mencionan también una lista de accidentes o evidencias sobre los principales hechos de contaminación y degradación del llamado “ambiente” que caracterizan esos años. En tercer lugar, se señala la aparición y despliegue de una serie de políticas públicas referidas a la problemática ambiental—creación de agencias estatales específicas, sanción de legislaciones y regulaciones, etc.— y creciente incorporación de esta problemática en la agenda de gobiernos nacionales y locales —particularmente del viejo centro capitalista—. Simultáneamente, y en cuarto lugar, se describen los primeros acuerdos y declaraciones —de diagnóstico e intervención— de diferentes instituciones supranacionales de distinto orden —intergubernamentales como las Naciones Unidas, técnico-empresarias como el Club de Roma, regionales-económicos como la OCDE o militares como la OTAN—. Finalmente, y en quinto lugar, se destaca la creciente presencia de esta problemática en el terreno de la conflictividad social, la acción colectiva y las programáticas reivindicativas de los sujetos sociopolíticos; un proceso que suele considerarse como la aparición de los llamados movimientos ambientalistas y/o ecologistas cuyo origen se suele inscribir en los países capitalistas centrales, particularmente en EE. UU. y Europa. (Seoane, 2017, p. 36)

Fue en este contexto que se promovió, desde distintos ámbitos nacionales e internacionales, la creación de proyectos de investigación colaborativos capaces de aportar nuevas evidencias científicas sobre los fenómenos que intervienen en el deterioro ambiental. Una de estas iniciativas fue la creación, en el año 1987, del Programa Internacional Geósfera-Biosfera (IGBP, por sus siglas en inglés), que precedió en una década la creación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas (IPCC, por sus siglas en inglés). El IGBP fue inicialmente impulsado por el Consejo Internacional de Uniones Científicas (ICSU, por sus siglas en inglés) y su labor se extendió hasta 2015. A partir del estudio de la interacción e interdependencia de los factores que inciden en la evolución de la vida, este proyecto contribuyó a la conceptualización de la Tierra como un sistema. En los albores del siglo XXI, y durante la segunda fase del proyecto, un conjunto de científicos de este programa diseñaron y construyeron indicadores que permitieron fundamentar científicamente un modelo explicativo al que llamaron la *Gran Aceleración*, en clara referencia a la obra de Polanyi. El término¹ hace referencia al aumento rápido y generalizado del impacto de la actividad humana en los sistemas naturales de la Tierra acontecido desde mediados del siglo XX.

El Antropoceno o la era de la humanidad: transformaciones ambientales y actividad humana

El proyecto de la Gran Aceleración estuvo asociado desde su origen al concepto de Antropoceno, término acuñado algunos años antes por el químico holandés Paul Crutzen y por el biólogo estadounidense Eugene Stoermer. El término fue utilizado para designar una nueva era geológica surgida después del Holoceno caracterizada por la influencia humana en los ecosistemas y en el clima de la Tierra. Según estos científicos, el inicio de esta nueva era data de fines del siglo XVIII y coincide con los albores de la Revolución Industrial, más precisamente con la invención, en 1784, de la máquina de vapor por parte de James Watt,

1. El término se empleó por primera vez en un artículo académico publicado en 2007 en una revista científica (Steffen, Crutzen y McNeill, 2007). Estos tres autores y científicos del IGB, sin embargo, señalan que el mismo había sido empleado en una conferencia científica dedicada a la historia de la relación entre el ser humano y el ambiente que se realizó en 2005 en la ciudad alemana de Dahlem (Steffen et al., 2015).

y con el uso del carbón (Crutzen y Stoermer, 2000), “cuando los análisis del aire atrapado en el hielo polar mostraron el comienzo de concentraciones globales crecientes de dióxido de carbono y metano” (Crutzen, 2002, p. 23). El proyecto de la Gran Aceleración tomó como referencia temporal el período histórico propuesto por Crutzen y Stormer. Los cálculos realizados en base a los indicadores definidos permitieron analizar y establecer relaciones entre la evolución de las tendencias socioeconómicas y las tendencias del sistema terrestre en el período de 1750 a 2004². Los datos y gráficos³ producidos en el marco de este proyecto indican el aumento acelerado de transformaciones ambientales ocurridas desde 1950 y también su relación con los cambios sociales y económicos del período. Los resultados de este procedimiento permitieron validar las ideas que sustentan el concepto de Antropoceno. Esta idea contribuyó a difundir una narrativa histórica que sostiene que la actividad humana es responsable de las transformaciones ambientales y que se identifica, entonces, como la era de la humanidad. Esta denominación remite a la raíz etimológica del término empleado: Antropoceno proviene del griego *anthropos*, que significa ser humano. Se señala:

La actividad humana es ahora global y es la causa dominante de la mayoría de los cambios ambientales contemporáneos. Los impactos de la actividad humana probablemente serán observables en el registro geológico estratigráfico durante millones de años en el futuro, lo que sugiere que ha comenzado una nueva época. (Lewis y Maslin, 2015, p. 171)

En los albores del siglo XXI, el concepto de Antropoceno contribuyó a promover un diálogo más fluido entre científicos de la Tierra, científicos naturales y científicos sociales y humanistas. Particularmente en el campo de las ciencias naturales, ayudó a difundir una perspectiva de análisis que otorga una importancia singular a la interacción humana con el ambiente y a sus efectos sobre otras especies y otros fenómenos no humanos, y que resalta la responsabilidad humana en la transformación de la naturaleza y en la relación entre la materia orgánica y la inorgánica.

Capitalismo colonial/moderno, relaciones de poder y mutaciones ambientales

El enfoque del Antropoceno generó señalamientos críticos de parte de distintos científicos sociales. Los reparos conceptuales a este concepto formulados por diversos autores están fundados en análisis sociohistóricos, algunos de los cuales centran su mirada en la fractura del metabolismo social en el capitalismo neoliberal. En sus estudios sobre la acumulación de capital y la explotación de la naturaleza, el historiador británico Jason W. Moore señala que el término generó cuatro grandes debates o discusiones. La primera es la relacionada con la periodización geológica, estrechamente ligada a los debates sobre la Gran Aceleración del sistema mundo y al traspaso de los límites planetarios. La segunda es quizás la más conocida y es la que se refiere a la crisis planetaria y a la sustentabilidad ambiental. La tercera es la referencia al diálogo entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Estos dos últimos asuntos remiten a una cuarta discusión, la que está relacionada con la historia del mundo moderno y los orígenes de la crisis ecológica que atravesamos (Moore, 2024). La reflexión de este autor parte de una observación crítica sobre los fundamentos filosóficos y epistémicos que sustentan el ideario antropocéntrico. Plantea que “los dos principales dispositivos del marco —las consecuencias determinan la periodización, el *anthropos* como motor de estas consecuencias— derivan de una postura filosófica que podemos llamar dualismo cartesiano” (Moore, 2020, p. 204), que introdujo una separación radical entre la especie humana y la naturaleza. Esta filosofía coloca estas esferas (la actividad humana y la naturaleza) en *cajas* separadas e invisibiliza su interacción y su interdependencia (los cambios experimentados por una de ellas producen cambios en la otra). Sostiene:

2. Los doce indicadores definidos para medir las tendencias socioeconómicas fueron: población, PBI real, inversión extranjera directa, población urbana, el número de restaurantes McDonald's (utilizado como indicador de globalización), consumo de fertilizantes, grandes represas, uso del agua, producción de papel, transporte, telecomunicaciones y turismo internacional. Para analizar la evolución del sistema terrestre se definieron los siguientes indicadores: dióxido de carbono, óxido nitroso, metano, ozono estratosférico, temperatura de la superficie terrestre, acidificación de los océanos, captura de peces marinos, acuicultura, nitrógeno en zona costera, pérdida de bosques tropicales, tierra cultivada y degradación de la biósfera terrestre. En 2010 se realizó una actualización de los datos publicados en 2004, los indicadores socioeconómicos originales fueron conservados y se incorporó el indicador de uso de energía primaria que “es un indicador clave que se relaciona directamente con la huella humana en el funcionamiento del Sistema” (Steffen et al., 2015, p. 81).

3. Disponibles en: <https://globaia.org/acceleration>

El capitalismo se ‘operacionaliza’ a través de esta grieta ontológica entre Naturaleza/Sociedad, que es central tanto en el aumento de la productividad laboral del capital como en su capacidad de recrear Naturalezas baratas. La idea rectora del capitalismo es que puede hacer con la Naturaleza lo que le plazca, que la Naturaleza es externa y puede ser fragmentada, cuantificada y racionalizada para servir al crecimiento económico, al desarrollo social o a algún otro bien superior. (Moore, 2017, p. 8)

Su análisis se desarrolla en torno a cuatro ejes: a) la crítica a los fundamentos filosóficos y teóricos que conciben a los seres humanos escindidos de la naturaleza y que suprimen al capitalismo de la ecuación; b) la “conceptualización excesivamente estrecha del tiempo histórico” (Moore, 2017, p. 208) y el determinismo tecnológico implícito en el relato antropocéntrico, que supone que la agencia de la humanidad es una consecuencia de la tecnología y de los recursos y no el resultado de relaciones interpenetradas de poder, de tecnología y de capital; c) los vasos comunicantes entre la tesis del Antropoceno y el llamado pensamiento verde dominante, como expresión discursiva que legitima un nuevo ciclo de mercantilización de los bienes naturales en la fase neoliberal del capitalismo; d) el neomalthusianismo de la narrativa antropocéntrica que autonomiza la dinámica poblacional de los patrones históricos del capitalismo y construye “un concepto de escasez abstraído de las relaciones históricas de capital, clase e imperio” (Moore, 2017, p. 203); y e) la referencia genérica a la humanidad concebida como un actor colectivo homogéneo y la eliminación de la referencia al capitalismo, cuestión que invisibiliza las asimetrías en las relaciones de poder y las responsabilidades diferenciadas en la producción de la crisis climática.

Moore reconoce que la actividad humana produce cambios a nivel de la biósfera y también en las relaciones *entre* los humanos, “que son en sí mismas producidas a través de la naturaleza” (Moore, 2017, p. 204). Esto implica la existencia de una *naturaleza-como-matriz* (distinta de la *naturaleza-como-recurso*) que “no solo opera fuera y dentro de nuestros cuerpos (del clima global al microbioma), sino también *a través* de nuestros cuerpos, que son fundamentales en nuestra historia” (Moore, 2017, p. 204). Se refiere así a las diferenciaciones *intraespecie* propias de nuestra historia, como son, por ejemplo, las desigualdades de clase:

Esas diferenciaciones han producido una historia humana —la moderna historia del mundo en particular— llena de contingencia y en rápida transformación. No solo han producido cambios no lineales. Han sido también *producidas por* relaciones no lineales de poder y de riqueza, ya entrelazadas con, y en, la trama de la vida. (Moore, 2017, p. 204)

Moore utiliza este argumento para cuestionar el momento de inicio de la crisis ecológica moderna propuesta por el Antropoceno (la Revolución Industrial). Plantea que los orígenes de un nuevo patrón de configuración ambiental en el mundo Atlántico se sitúan en el siglo XVI, en los comienzos de la civilización capitalista y de su linaje de conquista global y de empresas, como la trata transatlántica de esclavos. Sostiene que esta perspectiva “implica priorizar las relaciones de poder, capital y naturaleza que dieron lugar a un capitalismo fósil tan mortífero desde sus inicios” (Moore, 2017, p. 205). Cuestiona la pretensión de establecer un nexo directo entre la humanidad, en términos genéricos, y la devastación ecológica, y plantea asimismo que el responsable de esta última es el modelo civilizatorio del capital, que es una forma específica de organizar la vida humana y no humana por medio de relaciones de poder de explotación, opresión y dominio conformadas históricamente. En la perspectiva de este autor, la comprensión de la magnitud de la crisis ecológica reside en la existencia de una compleja red de relaciones que organiza la vida en función del principio del lucro capitalista. Es por ello que utiliza el término *Capitaloceno* para referirse al ciclo histórico de conformación de un nuevo patrón ambiental surgido en el capitalismo.

En una perspectiva convergente con el análisis de Moore, el historiador sueco Andreas Malm plantea interrogantes sobre la pertinencia conceptual de la concepción antropocéntrica de la humanidad y critica la tendencia a “[...] presentar ciertas relaciones sociales como si fuesen propiedades naturales de la especie. ‘Deshistorizar’, universalizar, eternizar y naturalizar un modo de producción específico de un tiempo y lugar determinado es algo común en las estrategias clásicas de legitimación ideológica [...]. Nuestra época geológica no es exactamente la época de la humanidad, sino la del capital” (Malm, 2015, p. 29).

Malm y Hornborg señalan que el discurso del Antropoceno trata el cambio climático como una inevitabilidad natural en lugar de concebirla como una realidad “sociogénica” (2014, p. 66). Sostienen que “los orígenes del cambio climático antropogénico se basaron desde el principio en procesos globales altamente inequitativos” (Malm y Hornborg, 2014, p. 63) y que la responsabilidad de la crisis climática recae en una porción estadísticamente muy pequeña de la humanidad: los defensores de la cultura y del poder de la

economía de los combustibles fósiles. Son ellos los responsables de los efectos devastadores que tiene la gran aceleración de las emisiones de carbono, de la acidificación de los océanos y de la deforestación. Por su parte, la socióloga Eileen Crist sostiene que las visiones más difundidas del Antropoceno expresan una fantasía respecto a la idea de que las soluciones y las alternativas a la crisis ecológica y ambiental dependen de la pura voluntad humana. Critica también la indiferenciación intrahumana del ideario antropocéntrico y afirma que esa perspectiva expresa el ideal de expansionismo humano que representa “falsa y peligrosamente la supremacía humana como un hecho incontestable e indiscutible” (Eileen, 2013, p. 143) y que pregona “una indiferencia especista hacia la vida no humana” (Eileen y Kopnina, 2014, p. 390). También esta autora problematiza la referencia genérica a la humanidad como un conjunto indiferenciado, y la idea de su dominio sobre la naturaleza. Esta cuestión es asimismo analizada por la feminista ecologista australiana Val Plumwood, quien señala que “la crítica de la dominación humana debe inscribirse en la práctica corriente y sana de la reflexión autocrítica, no debe ser la expresión acultural y ahistórica del odio de sí o de una culpabilidad colectiva atribuida a la especie humana en su conjunto” (Plumwood, 2024, p. 28).

La filósofa política y feminista estadounidense Nancy Fraser (2023) desarrolla una crítica que parte de una concepción ampliada del capitalismo, a partir de la cual analiza la canibalización engendrada por el neoliberalismo. Esta autora señala que la separación entre humanidad y naturaleza ha sido considerada material y objetivamente dada, como un fenómeno ahistórico. Esto contribuyó a naturalizar la escisión entre los seres humanos y los ritmos naturales que operó el capitalismo, a través del reclutamiento de las personas para la producción industrial. Esta *ruptura metabólica* identificada por Marx inauguró “lo que engañosamente ha dado en llamarse Antropoceno, una nueva era geológica en la cual ‘la actividad humana’ (a decir verdad, el capital) canibaliza el planeta” (Fraser, 2023, p. 38). En la visión de la antropóloga feminista Yayo Herrero, esta ruptura está asociada a una estructura de pensamiento forjado en la sociedad occidental durante la modernidad que se desarrolló en oposición a las bases materiales que sostienen la vida.

Construida sobre cimientos patriarcales, antropocéntricos y capitalistas, la arquitectura de nuestras sociedades actuales pone en riesgo los equilibrios ecológicos que permiten la vida humana (y la de otras especies) [...] El sistema económico capitalista y todo el armazón cultural que le acompaña se han desarrollado en contradicción con las dos dependencias materiales que permiten la vida. Ignoran la existencia de límites físicos en el planeta y ocultan y minusvaloran los tiempos necesarios para la reproducción social cotidiana. Se basan en una creencia peligrosa para el futuro de los seres humanos: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas. (Herrero, 2013, p. 281-282)

A partir del análisis de la trayectoria histórica de la experiencia colonial y subalterna del Caribe, el historiador Malcom Ferdinand sostiene que el término Antropoceno está asociado a la expresión del ambientalismo moderno, que propone una genealogía clásica, apolítica, asocial y ahistórica. Frente a esto, la ecología decolonial cuestiona el *nosotros* universal que remite a una responsabilidad compartida por el conjunto de la humanidad frente a la crisis ecológica. Subraya que las colonizaciones, los racismos y las discriminaciones de género son también formas históricas de habitar la tierra, que son invisibilizadas por el relato histórico dominante de la modernidad, y afirma que la ecología decolonial “descentra la mirada abstracta adoptada por el Antropoceno [...] y hace visible la pluralidad de factores encubiertos por ese ‘nosotros’, sus líneas de fractura, sus violencias, sus dominaciones y sus tiempos” (Ferdinand, 2019, p. 255).

Las distintas corrientes y tradiciones del pensamiento crítico latinoamericano y caribeño han realizado valiosas y esclarecedoras contribuciones al debate en cuestión. El economista y sociólogo ambiental mexicano Enrique Leff, referencia insoslayable en el campo de la ecología política latinoamericana, afirmó:

La crisis ambiental vino a cuestionar el proyecto civilizatorio basado en el ideal antropocéntrico de la dominación del hombre sobre la naturaleza que ha fraguado en la racionalidad de la modernidad: en su ética, su epistemología, su tecnología y sus dominios políticos, que confluyen en la centralidad de la racionalidad económica en la vida social. (Leff, 2019, p. 399)

Para Leff, el imperio del mercado que hoy domina el mundo es el resultado de la institución de los paradigmas de la modernidad en los imaginarios sociales y en los mundos de vida de los sujetos modernos, paradigmas que han configurado al ambiente como una externalidad, con el objetivo de ser aprehendida para su explotación capitalista. Por otra parte, en su análisis sobre las jerarquías globales de dominación que articulan la colonialidad del poder y del saber como matriz del mundo moderno/colonial,

Ramón Grosfoguel señala que existe “[...] una jerarquía ecológica global donde se privilegia el concepto de ‘naturaleza’ occidental del dualismo cartesiano (donde la naturaleza es siempre objeto, nunca sujeto) [...]”. El concepto cartesiano occidental lleva la racionalidad de la destrucción ecológica, pues, al pensar la naturaleza como objeto [...] toda la tecnología que construye lleva dentro de sí la racionalidad de la destrucción de la vida [...]” (Grosfoguel, 2022, p. 86).

El sociólogo argentino José Seoane publicó recientemente un trabajo de matriz sociohistórica donde analiza la relación entre la crisis climática, el neoliberalismo y el neofascismo. En este libro, el autor retoma y actualiza contribuciones previas sobre las reconfiguraciones neoliberales de la cuestión ambiental y su relación con los procesos políticos y sociales en Nuestra América. El trabajo subraya el carácter eminentemente social de los procesos que contribuyeron al aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero y que provocan el calentamiento global. Se señala que la concentración atmosférica comenzó a acelerarse hace 200 años con el desarrollo de la industrialización capitalista y con el reemplazo del carbón por el vapor en el siglo XIX, para luego incrementarse con la masificación del automóvil con motor de gasolina en el siglo XX (Seoane, 2025a)⁴. La fractura del metabolismo social del capital es también considerada como una doble manifestación del carácter antropogénico de la crisis socioambiental y de su naturaleza capitalista. Por eso afirma:

Resulta indispensable evitar el enmascaramiento y dilución de sus causas y responsabilidades efectivas mediante referencias genéricas a ‘la especie’ o ‘la sociedad humana’, que igualan falazmente a víctimas y victimarios. Esta narrativa implica, en definitiva, otro modo de caracterizar la crisis climática, atribuida ahora a una supuesta naturaleza humana. (Seoane, 2025a, p. 108)

El análisis de este autor sobre las reconfiguraciones neoliberales de la cuestión ambiental, constituye un esclarecedor aporte para el análisis de las racionalidades características que acompañan el despliegue del capitalismo verde.

Calentamiento global y agudización de la crisis socioambiental

Los análisis que presentamos subrayan la trascendencia de la separación radical entre sociedad y naturaleza, establecida por el pensamiento filosófico moderno, en la construcción de las racionalidades dominantes, en la interpretación de los problemas y en la búsqueda de soluciones a estos. La naturalización de esta separación consolida un sentido y una percepción del mundo, que interviene en la interpretación de los problemas y en la búsqueda de respuestas y/o soluciones a los mismos. Este señalamiento nos permite pensar que lo que llamamos clima no es algo exclusivamente determinado por factores físicos, químicos o geológicos. Ciertamente estos son decisivos en el comportamiento atmosférico. Pero este último está influenciado por la actividad humana en la Tierra y a su vez influye sobre ella. El proceso de interacción de seres vivos y su entorno (incluida la atmósfera) conforma lo que llamamos el ambiente, término que remite a un proceso de interacción y de mutua determinación de dinámicas sociales y naturales. Este señalamiento nos indica la necesidad de pensar la crisis climática en función del conjunto de factores que intervienen en su desarrollo y de sus efectos ambientales. Por eso, nos inclinamos a asociarla y nombrarla como una crisis socioambiental. Es preciso también considerar que esta constituye la manifestación de una crisis aún mayor en la que están involucrados todos los ámbitos de nuestra existencia (político, económico, sexoaectivo, cognitivo, ecológico/ambiental). Estas esferas guardan entre sí una relación de interdependencia mutua, y los conflictos, las tensiones y las crisis que atraviesan a cada una de ellas, influncian y determinan el rumbo de la crisis del sistema que las articula. Es por ello que diversos autores se refieren a ella como una crisis multidimensional, de carácter civilizatorio, crisis civilizatoria o también como policrisis.

4. Sobre esto, Seoane recupera los aportes de Malm y su conceptualización del capitalismo fósil al que define como “una economía de crecimiento autosostenido basada en el creciente consumo de combustibles fósiles, que genera un crecimiento sostenido de las emisiones de dióxido de carbono. A grandes rasgos [...] en nuestra opinión este es el principal impulsor del calentamiento global. Surgió por primera vez durante la Revolución Industrial, cuya gran hazaña histórica fue inaugurar una era de crecimiento autosostenido. Ahora bien, esta definición de la economía fósil no explica la totalidad de la influencia humana sobre el clima. Pero es correcto afirmar que la quema de combustibles fósiles es el núcleo del problema, dominante tanto cuantitativa como cualitativamente [...]”. Por lo tanto, la economía fósil es una sustancia completamente histórica” (Malm, 2016, p. 11).

Sin embargo, es preciso aclarar que el origen y el desarrollo de la crisis que vivimos no refiere al conjunto de las experiencias civilizatorias humanas, sino que indica una trayectoria histórica específica: la de la civilización capitalista y la de su correspondiente patrón de poder colonial/moderno (Quijano, 2014). Se trata, entonces, de una crisis del modelo civilizatorio capitalista, o una crisis civilizatoria y del capitalismo moderno-colonial⁵, que es “una inflexión de una hondura significativa que pone en cuestión al capitalismo moderno-colonial eurocéntrico y a su matriz fósil, enhebrada íntimamente con la acumulación de capital” (Seoane, 2025a, p. 57). La crisis actual presenta, además, un rasgo distintivo que la diferencia de otras crisis precedentes, correspondientes a otras experiencias civilizatorias anteriores a la capitalista: sus efectos y consecuencias cuestionan los fundamentos de la vida humana y no humana y nuestra propia capacidad y la del conjunto de las especies de sobrevivir a la crisis, y es por esto que también es asociada a la idea de crisis raigal y vital.

El proyecto de la Gran Aceleración actuó como marco conceptual y metodológico para la creación de la llamada Iniciativa de Límites Planetarios, que mide los riesgos crecientes de la presión humana sobre nueve procesos globales considerados críticos, y que incluyen el cambio climático⁶. Cada uno de estos procesos está asociado a un umbral, cuyo traspaso puede desencadenar cambios drásticos y potencialmente irreversibles en los sistemas naturales de la Tierra. El programa Planetary Health Check monitorea la evolución de estos indicadores, que son ampliamente difundidos por los medios de comunicación y las redes sociales. En 2025, el índice que mide la acidificación oceánica se situó por encima de los valores críticos establecidos y marcó el traspaso del séptimo de los nueve procesos globales críticos. En ocasión de esta nueva inflexión, los responsables del monitoreo señalaron que “la resiliencia natural del planeta se está debilitando: el calentamiento global se está acelerando, los ecosistemas muestran claros signos de degradación y están surgiendo señales de alerta temprana de puntos de inflexión en sistemas clave” (Planetary Health Check, 2025).

Como fue señalado en numerosas oportunidades por los expertos del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), la quema de combustibles fósiles es el factor que tiene mayor incidencia en el aumento del calentamiento global, ya que estos generan gases de efecto invernadero que se acumulan en la atmósfera. Durante el bienio 2022-2023, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) registró un aumento de estas emisiones de 1,6 % (PNUMA, 2023) y proyecta, en 2025, un incremento de 2,3 % respecto a los niveles de 2023. De concretarse este pronóstico, el aumento provocado será más de cuatro veces superior a la tasa de crecimiento promedio anual de dichas emisiones durante la década de 2010 (0,6 % anual), y comparable al crecimiento de las emisiones en la década de 2000, durante la cual se registró un promedio anual de 2,2 %. Por otra parte, la Organización Meteorológica Mundial (WMO, por sus siglas en inglés) señaló que 2023 y 2024 fueron los años más cálidos registrados.

En 2024, el promedio anual a escala mundial de la temperatura media cerca de la superficie superó en $1,55\text{ }^{\circ}\text{C} \pm 0,13\text{ }^{\circ}\text{C}$ la media del período 1850–1900. Se trata del año más cálido desde que empezaron a registrarse los valores de temperatura hace 175 años. En 2023, el año más cálido hasta la fecha, se registró una anomalía de $1,45\text{ }^{\circ}\text{C} \pm 0,12\text{ }^{\circ}\text{C}$. Esta organización advirtió que existe un 70 % de probabilidades de que entre 2025 y 2029 el calentamiento promedio del planeta supere la cota de $1,5\text{ }^{\circ}\text{C}$ respecto a la era preindustrial. (WMO, 2025, p. 2)

La materialización de esta previsión marcaría el fracaso del compromiso asumido por los países signatarios del Acuerdo de París de 2015 para limitar el aumento de temperatura a $1,5\text{ }^{\circ}\text{C}$. Existen grandes posibilidades de superar esta marca de no mediar una rápida y drástica reversión de las tendencias actuales. La fuente

5. Siguiendo a Seoane (2025a), preferimos nombrarla como una crisis civilizatoria y del capitalismo moderno-colonial, término que evoca de forma más precisa el carácter histórico del modelo civilizatorio del capital y su entramado de relaciones de dominación, de explotación y de conflicto, en particular a su configuración en la fase actual del capitalismo neoliberal.

6. El esquema de los límites planetarios data de 2009 y fue propuesto por un grupo de científicos del Centro de Resiliencia de la Universidad de Estocolmo, Suecia, para monitorear los procesos que inciden en el cambio ambiental global. Se inspira en los principios y conceptos que dieron origen al proyecto de la Gran Aceleración. Los nueve procesos de cambio global que permiten medir el efecto de las actividades humanas sobre el funcionamiento del sistema terrestre son: cambio climático, nuevas entidades, agotamiento del ozono estratosférico, carga atmosférica de aerosoles, acidificación de los océanos, modificación de los flujos biogeoquímicos, usos del agua dulce, cambios en el sistema terrestre e integridad de la biósfera. En 2023, el equipo actualizó los datos sobre estos procesos e incorporó una variable que permite medir la incidencia de nuevos productos como plásticos, pesticidas, productos químicos industriales, sustancias químicas en productos de consumo, antibióticos y otros productos farmacéuticos.

más importante de las emisiones de dióxido de carbono (CO₂, uno de los principales gases de efecto invernadero) proviene, como señalamos, de la quema de combustibles fósiles para la producción de energía. Su reducción resulta así crucial para el enfriamiento del planeta. La Agencia Internacional de Energía (IEA, por sus siglas en inglés) indicó que si se quiere alcanzar el objetivo de la neutralidad de carbono en 2025 no debería aprobarse la explotación de ningún yacimiento nuevo de petróleo, gas o carbón (IEA, 2025).

El monitoreo de los proyectos hidrocarburíferos en el mundo que realizan distintas ONG francesas muestra que las aspiraciones de lograr la descarbonización atmosférica se enfrentan a la renovada actividad del principal agente de emisión de gases. El mapa elaborado por las organizaciones encargadas del monitoreo revela que en 2023 existían 422 megaproyectos de extracción de hidrocarburos a nivel mundial y que en 2025 dicha cifra se eleva a 601. Se encuentran distribuidos en 51 países diferentes, y 373 ya se encuentran operativos. El financiamiento de los proyectos proviene de los 65 bancos más grandes del mundo que, entre 2021 y 2024, destinaron 1,6 billones de dólares estadounidenses para financiar a las empresas responsables de los mismos (CarbonBombs, 2025). Se estima que si la extracción planificada se lleva a cabo, la producción de combustibles fósiles superará en 2030 en 120 % los niveles necesarios para limitar el calentamiento global a 1,5 °C (SEI, Climate Analytics, IISD, 2025, p. 2).

Los océanos cubren aproximadamente tres cuartas partes de la superficie total del planeta y absorben cerca del 90 % del exceso de calor provocado por el calentamiento global, por lo que el contenido de calor oceánico es un indicador fundamental del cambio climático. El deterioro de los biomas es, por lo tanto, un factor importante que contribuye al calentamiento global porque disminuye la capacidad de absorción de CO₂ de las masas oceánicas. La acidificación de los océanos es, junto con otros, un factor de peso del deterioro de los mares y de los océanos, y la proliferación de residuos plásticos en las superficies y fondos oceánicos y marítimos contribuye sustancialmente a ese proceso (Villarrubia-Gómez et al., 2024). El 98 % de los plásticos están hechos de combustibles fósiles y datos publicados recientemente por el Parlamento Europeo indican que el 55 % de la basura marina está compuesta por plásticos (49 % de plásticos de un solo uso y 6 % de otros plásticos), que contaminan las costas y que afectan a la fauna marina (Parlamento Europeo, 2024).

Los residuos plásticos que terminan en el mar se concentran en cinco grandes islas de basura, que se distribuyen en todos los océanos del planeta: la más grande se la conoce como la Gran Mancha de Basura del Pacífico, se sitúa entre América del Norte y el Este Asiático y posee actualmente una extensión aproximada de 1,6 millones de km² (casi tres veces la extensión del territorio continental europeo de Francia). La proliferación de plásticos en los océanos contribuye al calentamiento de los mismos, lo que provoca a su vez la expansión del agua e incide en un tercio de las causas que generan el aumento global del nivel del mar. A pesar de estas y otras evidencias sobre los efectos nocivos de la polución plástica marina, las iniciativas internacionales a favor de la firma de un tratado global contra la contaminación por plásticos jurídicamente vinculante, se encuentran bloqueadas. El PNUMA indicó recientemente el riesgo real de que en el año 2030 se triplique el volumen de los desechos plásticos, si se mantienen las tendencias actuales. Esta advertencia, sin embargo, no modificó las posiciones defendidas por Arabia Saudita, Kuwait y EE. UU. en la quinta reunión de negociaciones de este tratado. Estos países, y otros más, se opusieron a la inclusión de normas que restrinjan explícitamente el volumen de producción de plásticos y sostuvieron que el acuerdo debe limitarse a la fijación de metas sobre la reducción de residuos de ese origen.

Las selvas y los bosques nativos mundiales también cumplen una función crucial en la preservación ambiental del planeta, por la capacidad de la vegetación para absorber CO₂ durante el proceso de fotosíntesis y por su importancia en la regulación de los ciclos hídricos y en la preservación de humedales y de la biodiversidad mundial. La presencia en Nuestra América de la Selva Amazónica, de la Mata Atlántica, de los bosques y sabanas chaqueñas, de la Selva Maya, del bosque tropical de La Mosquitia, de la Selva de Darién y de los extensos bosques nubosos andinos, hacen de nuestro extenso territorio la región que concentra aproximadamente la mitad de los bosques tropicales del mundo y el 40 % de la

biodiversidad mundial. Los procesos de deforestación a escala mundial⁷ no solamente tienen relación directa con la degradación socioambiental planetaria y el calentamiento global, sino que son expresiones emblemáticas de la ofensiva extractivista del actual ciclo neoliberal y de la contaminación y del despojo territorial que la caracteriza.

Al igual que acontece con las metas del Acuerdo de París, las metas de preservación forestal fijadas para 2030 por los sucesivos acuerdos⁸ resultan actualmente inciertas. Entre 1995 y 2025, se perdieron 489 millones de hectáreas de bosques en el mundo a causa de la deforestación. Si bien la deforestación intencional se redujo paulatinamente en las últimas tres décadas (17,6 millones de ha en 1990-2000, 13,6 millones de ha en 2000-2015 y 10,9 millones de ha en 2015-2025), en 2024 se desforestaron casi 8,1 millones de hectáreas en todo el mundo, que representan 63 % más que la superficie de deforestación establecida en los acuerdos de deforestación cero para 2030. “La deforestación tropical representó 94 % de la deforestación mundial y provocó la liberación a la atmósfera de 4.200 millones de toneladas métricas de dióxido de carbono” (Forest Declaration Assessment, 2025, p. 15). Por otra parte, el calentamiento terrestre y las olas de calor que este genera provocan incendios forestales que están arrasando con numerosos bosques. Según indica un estudio publicado en la revista *Science*, durante las dos últimas décadas más de la mitad de los bosques mundiales se fragmentaron en parches pequeños y desconectados al igual que ocurrió con el 80 % de las selvas tropicales (Zou et al., 2025).

La deforestación, el uso de plaguicidas y los paquetes tecnológicos transgénicos empleados por el agronegocio, junto con la contaminación lumínica inducida por los modelos de urbanización neoliberal, son factores que gravitan decisivamente en la pérdida de la biodiversidad mundial. Estudios científicos estiman que, en las últimas décadas, algunas regiones han perdido el 75 % de la biomasa total de insectos y esta tendencia, a menudo referida como un colapso de insectos, tiene profundas consecuencias para los ecosistemas y para la supervivencia humana (Hallmann et al., 2017).

Los informes de la Organización Meteorológica Mundial (OMM) reflejan el aumento en el último bienio de los eventos y colapsos climáticos en todo el mundo, la mayoría de los cuales causaron un número creciente de muertos, de heridos, de desplazados e importantes trastornos sanitarios, habitacionales, alimentarios y laborales que afectan a los sectores sociales más vulnerables y empobrecidos. En este último período, la región de América Latina y el Caribe fue afectada por diversas catástrofes climáticas. Ejemplo de ello fue la sequía que afectó la mayor parte de Sudamérica en 2023, provocando una importante crisis hídrica en Uruguay y en otros países. La disminución de las precipitaciones en gran parte de la cuenca del río Amazonas generó un descenso histórico, al igual que en el Lago Titicaca en Bolivia. Otras regiones sufrieron importantes inundaciones como las ocurridas en Jamaica, Haití y República Dominicana (WMO, 2024). En enero y febrero de 2024 se produjeron incendios devastadores en Viña del Mar, Chile, que destruyeron seis mil quinientas viviendas y provocaron al menos 134 fallecimientos, la cifra más alta registrada para un incendio forestal en Sudamérica. México conoció en 2023 el año de mayor sequedad de su historia y estas condiciones persistieron durante la primera mitad del año 2024. Por segundo año consecutivo, la cuenca del Amazonas registró en el año 2023 precipitaciones muy por debajo del promedio y el río Negro, en su paso por la ciudad de Manaos, alcanzó niveles mínimos históricos. Sucedió lo mismo con el río Paraguay en su paso por la ciudad de Asunción, hecho que provocó importantes alteraciones en el transporte fluvial en la cuenca Paraguay-Paraná. El Pantanal, en Brasil, tuvo la sequía más severa en 70 años y se registraron extensos incendios en gran parte de la región, incluyendo zonas adyacentes a Bolivia. “En la región amazónica de Brasil se registraron 192.700 incendios, el mayor número registrado desde el año 2010, mientras que Bolivia (con un récord de 90.026 incendios) y Venezuela también presentaron una

7. Estos procesos incluyen la deforestación tradicional o mecánica (tala, quema, arrastre) y también la deforestación química, cuyo uso se extendió en las últimas décadas y refiere a los procesos de utilización de agrotóxicos para la eliminación de vegetación nativa. El territorio de Mato Grosso, en Brasil, es una de las regiones donde se ha registrado un aumento importante de esta práctica que afecta los biomas de la Amazonia, del Cerrado y del Pantanal. Se calcula que, desde 2021, aproximadamente 149.000 hectáreas pueden haber sido devastadas con el uso de agrotóxicos (Reporter Brasil, 2025).

8. Este término se refiere a los objetivos establecidos para eliminar a nivel mundial, en 2030, la deforestación y la degradación forestal y restaurar el 30 % de los bosques degradados, contribuyendo de esta forma a la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero. Estos objetivos surgen de sucesivos compromisos internacionales como la Declaración de Nueva York sobre los Bosques de 2014, la Declaración de líderes sobre Bosques y uso de la Tierra de Glasgow de 2021, que se ratificaron en 2023 en el Primer Balance Mundial del Acuerdo de París de 2023 y de la Declaración del 19º período de sesiones del Foro de Naciones Unidas sobre los Bosques de 2024.

actividad de incendios muy superior al promedio” (WMO, 2025, p. 9). A finales de abril e inicios de mayo, el Estado brasileño de Río Grande do Sul fue el más afectado por las inundaciones que azotaron el extremo sur de este país. El lago Guaíba alcanzó niveles récord e inundó amplias zonas de la ciudad de Porto Alegre y regiones aledañas. Se reportaron 182 muertes, más de 420.000 personas fueron desplazadas y hubo cuantiosas pérdidas materiales, lo que convirtió a estas inundaciones en uno de los desastres meteorológicos más costosos registrados en Sudamérica. En Ecuador y Perú se reportaron inundaciones locales asociadas con el fenómeno de El Niño, mientras que distintas olas de frío afectaron la Argentina, el sur de Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Los incendios ocurridos en el Estado de California en América del Norte y en distintos países mediterráneos europeos, y también las inundaciones recurrentes en este continente, son emblemáticos ejemplos de las catástrofes climáticas que afectaron el hemisferio norte en 2025. También cabe referirse en este sentido, a las tormentas e inundaciones regulares que azotan los países de Asia continental e insular provocando miles de muertes en la región más densamente poblada del mundo. Este sintético repaso permite observar que la crisis climática se manifiesta actualmente en forma de colapsos climáticos globales progresivos, que tienen lugar local o regionalmente y que representan amenazas sobre la continuidad de la vida en un futuro no lejano.

Riqueza, desigualdades y opresiones en la producción de la crisis socioambiental

Tres décadas después de la realización de la primera conferencia climática de la ONU (1995) y en vísperas de la reunión de la COP 30 en la ciudad de Belén, los hechos aquí reseñados son un testimonio elocuente de las catástrofes socioambientales provocadas por la crisis climática. Su estela de destrucción, de padecimientos y de incertidumbres da cuenta del fracaso de las respuestas ensayadas y de los modestos avances realizados en materia de descarbonización.

Las estrategias de mitigación del cambio climático (actualmente convertido en una verdadera crisis) están inspiradas en el paradigma neoliberal de tratamiento de la cuestión ambiental, que reconfiguró, en un sentido mercantil, una “perspectiva que articulaba lo social y lo ambiental [...] escindiendo de un modo cada vez más profundo ambas dimensiones” (Seoane, 2025a, p. 74). Esta perspectiva gravitó de manera decisiva en los abordajes de la cuestión ambiental propuestos por este paradigma, que “reduce la intervención sobre la problemática ambiental a una modificación interna del propio capital, mediante la promoción de energías renovables, eficiencia energética, ramas y modos de producción ‘verde’ y procesos de valorización de la naturaleza como mecanismos de respuesta a la crisis ambiental” (Seoane, 2025a, p. 75). El desarrollo de la llamada economía verde es una manifestación de “[...] la reducción de la cuestión ambiental a ‘lo verde’ [que] no solo representa un nuevo paso en la naturalización del ambiente —ya despojado de todo contenido social humano y vital—, sino también un avance hacia su biologización, al confiar en la capacidad científico tecnológica para la (re)producción biológica artificial de la naturaleza” (Seoane, 2025a, p. 75).

El proceso de desocialización de lo ambiental que promueve el paradigma neoliberal contribuye a naturalizar una mirada sobre la crisis climática que invisibiliza las asimetrías de poder, las escalas y los intereses materiales de los diferentes actores que participan en el proceso de degradación socioambiental. Este paradigma resignifica en el presente la separación entre humanidad y naturaleza, propia de la modernidad/colonialidad capitalista, y naturaliza una narrativa sobre la crisis cuyo desarrollo aparece asociado a la responsabilidad genérica e indiferenciada de toda la humanidad. Este abordaje no sólo invisibiliza la existencia de intereses materiales concretos y de asimetrías de poder resultantes de las relaciones de explotación, de dominación y de conflicto propias del capitalismo neoliberal, sino que también diluye la influencia y la responsabilidad de las experiencias coloniales en la configuración socioambiental del capitalismo, y en la jerarquización de la división internacional del trabajo. El borramiento de esta experiencia histórica permite diluir la relación entre el ciclo de acumulación neoliberal, los procesos de despojo (Harvey, 2004) de los bienes naturales y el carácter profundamente neocolonial que estos revisten (Boron, 2012; Katz, 2024). Su desarrollo está ligado a los intereses económicos de las potencias y países del Occidente geopolítico (Merino, 2024) y se asocia con la existencia de un *colonialismo verde* (Bellamy Foster, Clark, 2004; Blanc, 2022; Bringel, Lang y Manahan, 2023; Sandwell y Hamouchene, 2024) que revela, entre otras cuestiones, la función del extractivismo neoliberal en los procesos de externalización de la degradación ambiental (comúnmente referida con el término “pasivos ambientales”) del Norte industrializado hacia los países del Sur Global (Saito, 2022).

En virtud de lo señalado es importante establecer relaciones entre la distribución de la riqueza globalmente producida, la asimetría en las relaciones de poder y el rumbo de las políticas ecocapitalistas. No es solo un ejercicio de validación de afirmaciones ya realizadas anteriormente, sino que se trata también de una cuestión ética vinculada a la necesidad impostergable para la construcción de nuevas formas de organización social que garanticen el derecho a la vida de todas y de todos. En esta dirección, y con el objetivo de jerarquizar los indicadores que presentamos, es importante formular los siguientes interrogantes: ¿quiénes son los principales responsables del calentamiento global?, ¿qué relación existe actualmente entre la distribución mundial de la riqueza socialmente producida y la degradación socioambiental del planeta? ¿qué relación puede establecerse entre las políticas de financiamiento climático, el endeudamiento de los países del Sur Global y el colonialismo verde?

Concentración de la riqueza, nueva oligarquía aristocrática y crisis climática

Veamos algunas cuestiones que ayudan a responder estos interrogantes. Según las últimas mediciones de desigualdad mundial elaboradas por el Banco Mundial en 2020, el número de personas que entonces estaban por debajo del umbral de la pobreza (poder adquisitivo equivalente a 6,85 dólares estadounidenses por día) era de 3.600 millones de personas. Esta cifra representa el 44 % de la población mundial, pero no refleja los efectos desigualadores que tuvo la pandemia de COVID-19, ni la incidencia de las políticas de austeridad implementadas en numerosos países luego de la misma, ya que se trata de datos del año 2020. Una de cada diez mujeres a nivel mundial vive en situación de pobreza extrema (con menos de 2,15 dólares al día), 733 millones de personas padecen hambre en todo el mundo (Banco Mundial, 2024) y los mayores niveles de desigualdad se registran en países del Sur Global. Un reciente informe de Oxfam señala que el 1 % de la población mundial posee casi 45 % de la riqueza total e indica:

Desde 2022, la inmensa mayoría de los países presentan tendencias negativas en materia de lucha contra la desigualdad. Cuatro de cada cinco países han recortado el porcentaje de su presupuesto general destinado a educación, salud y/o protección social [...] nueve de cada diez retrocedieron en derechos laborales y salarios mínimos al igual que en políticas de fiscalidad progresiva. (Oxfam, 2025a, p. 8)⁹

En contraste, “en 2024, la riqueza conjunta de los milmillonarios creció tres veces más rápido que en 2023” (Oxfam, 2025a, p.8), “se incrementó en dos billones de dólares estadounidenses y surgieron 204 nuevos milmillonarios” (Oxfam, 2025a, p. 20), cuya riqueza en el 60 % de los casos es heredada o bien está marcada por el clientelismo y la corrupción. Conforman una “nueva oligarquía aristocrática” (Oxfam, 2025a, p. 8) o “aristocracia tecno-financiera” (Carbone, 2025) e integran “el 1 % más rico de la población del Norte Global, que en 2023 obtuvo 263 mil millones de dólares estadounidenses de los países del Sur Global, a través del sistema financiero” (Oxfam, 2025a, p. 8) que equivale a la ganancia de más de 30 millones de dólares por hora. Una parte importante de este flujo financiero corresponde a las transferencias por pago de deudas del Sur Global a los países del núcleo del capitalismo occidental. De estas transferencias, una fracción corresponde al reembolso de préstamos destinados a financiar el desarrollo y la transición ecológica en el Sur Global, y si bien son considerados como ayudas climáticas, aumentan la deuda de los países que los reciben. En 2022, los países del Sur Global recibieron 327 mil millones de dólares en este tipo de préstamos, y en 2023 utilizaron 971 mil millones de dólares para reembolsar su deuda externa. Esto significa que el monto de las transferencias del Sur al Norte por reembolso de deudas fue de 650 mil millones de dólares, cifra que revela el sentido real de las políticas de financiamiento promovidas para la mitigación de la crisis climática: estas se convirtieron en un rentable mecanismo que alimenta la ganancia financiera y tiende a consolidar los procesos de endeudamiento neocolonial de los países llamados periféricos y/o emergentes.

Los datos más conocidos sobre las responsabilidades diferenciadas en la crisis climática se calculan tomando como referencia el volumen de emisiones de CO₂ por país. Este criterio se utiliza en las negociaciones y en los acuerdos adoptados en el seno de la Convención Marco de las Naciones Unidas

9. Estas cifras corresponden al índice de Compromiso con la Reducción de la Desigualdad 2024 (CRI, por sus siglas en inglés), elaborado por Oxfam y Development Finance International (Oxfam, 2025, p. 8). Se calcula en base a datos de los presupuestos públicos más recientes, encuestas sobre las condiciones laborales, de la recaudación fiscal y del nivel de gasto público en 160 y un países y “permite presentar una visión más actualizada y ajustada de la realidad” (Oxfam, 2025a, p. 21).

sobre el Cambio Climático (UNFCCC, por sus siglas en inglés). Las estadísticas muestran que, en 2021, China, EE. UU., la UE (considerados 27 países), India, Rusia y Japón continuaron siendo los mayores emisores de CO₂ del mundo. “En conjunto, representan el 49,2 % de la población mundial, el 62,4 % del Producto Interno Bruto mundial, el 66,4 % del consumo mundial de combustibles fósiles y el 67,8 % de las emisiones mundiales de CO₂ fósil” (European Commission, 2022, p. 5).

Sin embargo, lo determinante en la evolución del calentamiento atmosférico no son los flujos anuales, sino las reservas de CO₂, y es por ello que es importante tener en cuenta la contribución de cada país a las emisiones históricas acumuladas. Aunque este criterio es menos distorsivo, tampoco resulta adecuado, ya que no contempla las diferencias poblacionales entre los países. El reconocimiento del carácter finito y compartido de la atmósfera permite realizar una medición que establece una clasificación basada en la igualdad de acceso per cápita a los bienes comunes atmosféricos. Este cálculo se ajusta más a la realidad, ya que mide la responsabilidad de cada país tomando también en cuenta el volumen de emisiones históricas ya realizadas y calculando los márgenes de emisión *disponibles* per cápita, en cada caso en función de la población. Los cálculos realizados en base a este criterio reflejan una realidad muy diferente: un estudio hecho por el investigador Jason Hickel indica que EE. UU. es responsable del 40 % de las causas que inducen el colapso climático; la UE del 29 %; el resto de Europa del 13 %; el resto del Norte Global del 10 %, y el Sur Global solamente del 8 %.

Los países del G8 (EE. UU., Unión Europea, Rusia, Japón y Canadá) son responsables en conjunto del 85 %. Los países clasificados en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático como países más industrializados son responsables del 90 % del exceso de emisiones. El Norte Global es responsable del 92 %. En contraste, la mayoría de los países del Sur Global, incluyendo India y China, no excedieron aún sus límites (si bien China pronto los superará). (Hickel, 2020, p. 399)

Estos datos expresan la relación existente entre los procesos de concentración/territorialización de la riqueza en el Norte Global y los procesos económicos, sociales y políticos que alimentan la crisis climática. La emergencia y la consolidación relativa en los últimos años de fuerzas y movimientos de ultraderecha, neofascistas y supremacistas en diversos países del Norte y del Sur Global, revela un cambio de escenario político mundial que tiende a agudizar estas tendencias y que se expresa en las políticas impulsadas por gobiernos con estas identidades políticas (Trump en los EE. UU., Milei en la Argentina, Bukele en El Salvador, Orban en Hungría, Meloni en Italia y el reciente fortalecimiento de la representación parlamentaria de los partidos de ultraderecha en la UE, entre otros). Estos gobiernos promueven políticas neoliberales de sesgo crecientemente autoritario y antidemocrático, que alientan la concentración de la riqueza, a través de recortes y ajustes fiscales que afectan a los sectores populares y a las clases medias, de subsidios estatales a grandes sectores del capital industrial y financiero, y de reducciones impositivas a los sectores de mayores ingresos. Al mismo tiempo, las políticas de austeridad fiscal implementadas por estos gobiernos significaron en muchos casos el desmantelamiento y/o el desfinanciamiento de las políticas ambientales. Estas decisiones están fundadas en discursos negacionistas de la crisis climática, que oscilan, según los casos, entre posiciones que niegan los procesos que la originan, y discursos que atribuyen los cambios a procesos geofísicos y naturales históricamente recurrentes, sin relación con la acción antrópica del capital. Los recursos aportados por las industrias hidrocarburíferas, mineras y de armamentos constituyen en muchos casos fuentes privilegiadas del financiamiento de estas agrupaciones y partidos. Estas empresas, que son activas emisoras de gases, aportan millonarios recursos para sostener estas organizaciones políticas que promueven y legitiman muchos de los conflictos bélicos internacionales en curso (Ucrania, República Democrática del Congo, Yemen, India-Pakistán, Sudán y el genocidio en Gaza) y que contribuyen a agravar las causas del calentamiento global. La zigzagueante política ambiental de EE. UU. en la última década marcó el debilitamiento de los compromisos internacionales de descarbonización y de apoyo a la transición energética.

Corporaciones multinacionales y responsabilidades diferenciadas en la producción de la crisis climática

Esto repercutió en los niveles de calentamiento atmosférico registrados en los últimos años, cuestión que está también vinculada al incremento de la producción de hidrocarburos. Esta evolución está reflejada en una investigación realizada por la Universidad de Darmouth (EE. UU.), que indica que las mayores empresas hidrocarburíferas del mundo causaron daños climáticos por un equivalente a 28

billones de dólares. Los científicos responsables de este estudio analizaron las emisiones producidas por 111 compañías y encontraron que sólo diez proveedores de combustibles fósiles fueron responsables de más de la mitad del total de estos daños, entre ellos: Saudi Aramco, Gazprom, Chevron, ExxonMobil, BP, Shell, National Iranian Oil Co, Pemex, Coal India y la British Coal Corporation (Callahan y Mankin, 2025). En 2022, Exxon Mobil reportó una ganancia neta de 55.740 millones de dólares (la cifra más alta en la historia de la compañía y un récord para la industria petrolera occidental), Shell alcanzó un beneficio récord de 39.900 millones de dólares, Chevron tuvo ganancias netas de 35.500 millones de dólares (más del doble que en 2021 y también un récord para la empresa) y para British Petroleum (BP) la cifra se ubicó en 27.700 millones de dólares (la cifra más alta de su historia).

El sector agrícola industrial global representa aproximadamente un tercio de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero. Sin embargo, el poderoso lobby desplegado por las empresas multinacionales de este rubro facilita el ocultamiento mediático de esta realidad. Los poderosos intereses de este sector recrean un sistema agroalimentario que es responsable del 15 % de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero (del cual el 60 % corresponde a la producción ganadera) (Vallone y Lambin, 2023). Promueve también la deforestación y la pérdida de biodiversidad y atenta contra las comunidades agrícolas locales, cuya subsistencia reposa en muchos casos en la producción de alimentos basada en prácticas sustentables y regenerativas de semillas nativas. La expansión de los modelos del agronegocio y agroforestal se sostiene con el financiamiento de los principales bancos del mundo. Desde la firma del Acuerdo de París hace ya una década, los bancos invirtieron más de 429 mil millones de dólares en materias primas que representan un riesgo para los bosques, de los cuales 72 mil millones de dólares fueron invertidos entre 2023 y 2025 (Forest & Finance, 2025). A mediados de 2025:

[...] los fondos de inversión tenían 42 mil millones de dólares en bonos y acciones de más de 191 empresas de materias primas con riesgo forestal. Esta inversión se distribuye entre las tres cuencas de bosques tropicales: el 51 % (21 mil millones de dólares), en Sudamérica; el 47 % (19.700 millones de dólares), en el Sudeste Asiático; y el 2 % (936 millones de dólares), en África Central y Occidental. El sector de la celulosa y el papel fue el que recibió la mayor inversión durante este período, con 17 mil millones de dólares, seguido por el del aceite de palma, con 16 mil ochocientos millones de dólares. (Forest & Finance, 2025, p. 6)

La acumulación de evidencias sobre la responsabilidad corporativa en la intensificación de los procesos que contribuyen a la agudización de la crisis socioambiental involucra a otros sectores clave de la economía capitalista, en especial al sector de la economía digital o de la economía de datos (industria informática, comercio electrónico, inteligencia artificial, etc.). La demanda de minerales utilizados intensivamente por este sector impulsa el desarrollo de industrias extractivas en el Sur Global, en muchos casos vinculadas a la explotación intensiva de trabajo humano. Su logística incide en la emisión de gases, ya que se basa en el consumo masivo de insumos derivados de los combustibles fósiles, cuya producción genera residuos, contaminación y toxicidad (Jung, 2023).

Por otra parte, el empleo de grandes volúmenes de agua resulta esencial para el funcionamiento y para la refrigeración de los servidores de procesamiento de datos. Esto explica la decisión de muchas de estas empresas de instalar granjas de datos en países del Sur Global, en los que existen grandes reservas hídricas. El desproporcionado consumo de agua de estos megacentros de datos hace que algunas empresas de este rubro oculten o falseen información sobre su funcionamiento, con el objetivo de cultivar una imagen corporativa de compromiso ambiental. Un caso emblemático de lavado de cara verde (*greenwashing*) de las empresas del sector informático-digital fue el denunciado por el periódico británico *The Guardian*. Este medio reveló que en el marco de la campaña de eficiencia hídrica llamada *Water Positive*, lanzada en 2022, la multinacional Amazon ocultó información al contabilizar una cifra de consumo de agua menor al real (The Guardian, 2025).

El crecimiento de las desigualdades a nivel mundial es un factor que aumenta la brecha existente entre quienes contribuyen al cambio climático. Vale recordar que el 10 % más rico de la población mundial es responsable del 50 % del total de las emisiones de CO₂, mientras que el 50 % es responsable del 12 % del total emitido (Chancel et al., 2022). El aumento del número de personas ricas y multimillonarias que integran la *nueva oligarquía aristocrática* contribuye a aumentar esta brecha. El informe *Climate Plunder* de Oxfam indica que, desde 1990, la proporción de emisiones del 1 % más rico ha aumentado un 13 %, la del 0,1 % más rico, un 32 %, mientras que la del 50 % más pobre ha disminuido un 3 % (Oxfam, 2025b). Desde esa década una persona perteneciente al 1 % más rico ha consumido más de cien veces el presupuesto de carbono que una persona perteneciente al 50 % más pobre, y trescientas veces más que

una persona del 10 % más pobre. Quienes se sitúan entre el 0,1% más rico del mundo emiten más de 800 kg. de CO₂ por día mientras que una persona del 50 % más pobre emite un promedio de 2 kg. El informe afirma que las emisiones generadas por las inversiones de los 308 multimillonarios totalizaron, en el año 2024, el equivalente a “586 millones de toneladas de CO₂; es decir más que las emisiones combinadas de ciento dieciocho países” (Oxfam, 2025b, p. 6). Este trabajo también señala que las emisiones anuales per cápita de las inversiones de un multimillonario promedio ascienden a 1,9 millones de toneladas de CO₂, cifra que representa 346 mil veces más que las de una persona promedio. El informe de Oxfam muestra que los 50 contaminadores más ricos del mundo bombean más carbono en 90 minutos que una persona promedio durante toda su vida. Otro dato revelador del informe indica que, desde el Acuerdo de París en 2015, “el 1 % más rico del mundo ha consumido más del doble del presupuesto de carbono restante que la mitad más pobre de la humanidad en conjunto; y por lo tanto si todos emitiéramos de la misma forma que el 1 % más rico, el presupuesto de carbono se agotaría en menos de tres meses” (Oxfam, 2025b, p. 6).

Otra investigación reciente revela que, desde 1990 aproximadamente, el 65 % del calentamiento es atribuible al 10 % más rico de la población mundial, siendo que el 1 % más rico es responsable del 20 %, y el 0,1 % más rico del 8%. Si la población mundial hubiera emitido los volúmenes que emitió el 50 % más pobre, el calentamiento adicional desde 1990 hubiera sido sustancialmente menor, mientras que si todos hubieran emitido como el 10 % o el 1 % más rico, el aumento registrado variaría entre 2,9 °C y 6,7 °C aproximadamente (Schöngart, 2025).

Negacionismo climático, ultraderechas y neocolonialismo

En un gesto cargado de simbolismo vinculado a sus convicciones climáticas y ambientales, el primer día de su segundo mandato, Donald Trump firmó e hizo pública la orden ejecutiva que establece la salida de EE. UU. del Acuerdo de París, decisión que había sido ya adoptada por primera vez durante su primer mandato en 2017 y que fuera luego revertida bajo el gobierno de Joe Biden. La nueva directiva formó parte de un conjunto de medidas que integran el acápite “Hagamos que los Estados Unidos recuperen su liderazgo energético”. Junto a la decisión de retirarse del acuerdo, se establece que se “impulsará la energía estadounidense poniendo fin a las políticas extremistas de Biden en materia climática, simplificando los trámites de permisos y revisando para su posible derogación todas las regulaciones que imponen cargas indebidas a la producción y el uso de energía, incluyendo la extracción y el procesamiento de minerales no combustibles” (Trump, 2025).

Estas medidas fueron el preámbulo de la cruzada presidencial anticlimática. Se trata de una iniciativa que resulta complementaria de la guerra comercial emprendida por Trump, que busca recuperar la competitividad de la economía estadounidense y su liderazgo económico para garantizar la hegemonía estadounidense, cuestionada por la influencia creciente de China en el escenario global y por el debilitamiento relativo del dólar en los intercambios comerciales mundiales. El negacionismo climático de Trump —reflejado en la expresión *drill, baby, drill* (perfora, nena, perfora), en referencia al impulso del extractivismo energético— apunta, entre otras cuestiones, a contribuir a la construcción de consenso social alrededor de la emergencia energética decretada por su gobierno, y a la prioridad dada a la obtención de “los recursos que se consideren necesarios” (Trump, 2025) para satisfacer un modelo hiperconsumista incompatible con los objetivos establecidos por el Acuerdo de París. Esto se tradujo en la aplicación de una política sistemática de recortes presupuestarios, de reducción de personal y de desmantelamiento de las agencias públicas dedicadas o vinculadas al cuidado y al monitoreo ambiental como la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés), la Administración Nacional y Oceánica Atmosférica (NOAA, por sus siglas en inglés) y la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA, por sus siglas en inglés), entre otros organismos públicos. Esta política contraria a las protecciones ambientales (y que el gobierno denomina eufemísticamente política de dominio energético (*energy dominance*)), también se tradujo en la prohibición del uso de términos como “polución”, “cambio climático”, “verde” o “emisiones”, en documentos del gobierno federal. El ataque al sistema universitario, a la comunidad científica y a las investigaciones que desmienten científicamente las falacias del discurso negacionista, forman parte también del extenso recetario de medidas anti-ambientalistas de la gestión trumpista. El negacionismo climático fue elevado al rango de doctrina del Estado Federal con la publicación de un informe del Departamento de Energía (DOE, por sus siglas en inglés), que niega los riesgos de la actual crisis climática. Trump pretende, además, suprimir el llamado *Endangerment Finding*, un texto legal del año 2009 de la Agencia de Protección Ambiental, que establece que las emisiones de CO₂ y de metano ponen en peligro la salud pública.

La política ambiental doméstica se proyecta en la política exterior agresiva de Trump, que tiene entre sus prioridades garantizar el acceso y la apropiación de un conjunto de bienes naturales que son estratégicos en la disputa tecnológica, industrial y comercial con el gigante chino. Esta orientación, que fue bautizada con el neologismo de *Doctrina Donroe* (*The New York Post*, 2025), en alusión a la Doctrina Monroe de 1823, hace del hemisferio occidental el principal teatro de operaciones de EE. UU. en el extranjero.

El renovado espíritu imperialista y neocolonial de la administración Trump quedó claramente expuesto por medio de la propuesta hecha pública por el presidente para comprar la isla de Groenlandia. En esa oportunidad, Trump invocó razones de seguridad nacional relacionadas con el acceso a los bienes naturales que posee este territorio rico en petróleo, agua y minerales raros y que es además un punto estratégico de control de la ruta comercial del Ártico (Valantin, 2022). Pero, por razones históricas y también por albergar la mayor biodiversidad del mundo, los territorios latinoamericanos y caribeños constituyen un objetivo prioritario (Merino y Morgenfeld, 2025) del nuevo ciclo de apropiación extractivista-imperialista estadounidense. Tres ejemplos permiten fundamentar esta afirmación, y al mismo tiempo expresan las aspiraciones de actualizar el sentido de la consigna “América para los americanos” que guió los destinos de la Doctrina Monroe. El primero de estos ejemplos es la propuesta de renombrar el Golfo de México y sus reservas petroleras con el nombre de Golfo de América, invocando el carácter de este territorio como *activo integral* de EE. UU. La voluntad de recuperar el control del Canal de Panamá para evitar su control por parte de “manos equivocadas”, es el segundo ejemplo que expresa el renovado espíritu expansionista estadounidense en Centroamérica, que asoma también en la ofensiva militar en el mar Caribe bajo el pretexto de la lucha contra el narcotráfico. Por último, cabe referirse a las sucesivas declaraciones realizadas por los responsables militares del Comando Sur, Laura Richardson y Alvin Holsey, sobre la importancia estratégica de los bienes naturales de la Argentina (el agua y los minerales críticos, entre otros), que indican la importancia geopolítica atribuida por la política hemisférica al acceso a estos bienes.

Las proyecciones sobre el impacto futuro de las políticas trumpistas en el aumento de las emisiones, y el número de muertes provocadas por el aumento de la temperatura indican que el número de fallecimientos se incrementará sustancialmente en las próximas décadas. El aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero podría provocar hasta 1,3 millones de muertes en todo el mundo en las décadas posteriores a 2035, aunque esta estimación no toma en cuenta el número de muertes previstas por otras causas de la crisis climática, como sequías, inundaciones, guerras, enfermedades transmitidas por vectores, huracanes, incendios forestales y la disminución de las cosechas. La mayoría de las futuras víctimas viven en países empobrecidos y cálidos de África y del sur de Asia, que emiten pocos gases, pero que son los menos preparados para afrontar el aumento de las olas de calor. El informe de 2025 de *Lancet Countdown sobre salud y cambio climático*, elaborado por 128 científicos provenientes de diferentes disciplinas, revela que desde 1990 se produjo un aumento de 63 % de las muertes relacionadas con el calor y que este fenómeno provocó 546 mil muertes anuales en el período 2012-2021.

Los procesos políticos en curso en la UE se traducen, también, en el debilitamiento de las políticas de protección social y de cuidado y regeneración ambiental. En la mayoría de los países de esta región, la salida de la pandemia estuvo marcada por el renovado impulso de políticas neoliberales de recorte del gasto público. Esto se expresó en la disminución progresiva de los fondos destinados a financiar algunas de las medidas del Pacto Verde Europeo, adoptado en 2019, en particular las políticas de promoción de la transición energética¹⁰.

Esta situación guarda relación con los procesos políticos de la Unión, en especial por el crecimiento relativo de grupos políticos conservadores, de derecha y de ultraderecha que cuestionan el espíritu neokeynesiano de las políticas y directrices verdes. El aumento del número de representantes parlamentarios regionales

10. El Pacto Verde Europeo es una estrategia promovida por la UE con el objetivo de cumplir con los compromisos del Acuerdo de París en un contexto de crecimiento de los movimientos y demandas por la justicia climática en Europa. Se trata de un conjunto de iniciativas políticas en energía, transporte, industria, agricultura y finanzas orientadas a garantizar una transición ecológica y una Europa competitiva y socialmente equilibrada y justa. Entre sus objetivos se plantea reducir las emisiones en un 55 % para 2030, alcanzar la neutralidad climática para 2050 y garantizar la justicia y equidad climática. Si bien sus regulaciones ambientales sobre las exportaciones y el apoyo a actividades sustentables pueden servir a fortalecer la transición ecosocial y climática en algunos países del Sur Global y en América Latina y el Caribe; los objetivos de descarbonización de la producción energética y la sustitución del parque automotor por Vehículos Híbridos Eléctricos (VHE) y Vehículos Eléctricos (VE) demandan por otro lado un uso intensivo de recursos minerales estratégicos” (Comisión Europea, 2019).

de las diferentes expresiones políticas de las derechas y de las ultraderechas europeas permitió la reelección en 2024 de la derechista alemana Ursula von der Leyden al frente de la Comisión Europea. Durante los mandatos de esta funcionaria, la Comisión Europea impulsó y aprobó un conjunto de medidas de estímulo a las actividades extractivas dentro y fuera de Europa, que afectan regresivamente las regulaciones ambientales existentes. Algunas de estas medidas pretenden alentar las inversiones de empresas europeas en el mundo, para garantizar la provisión de materias primas y minerales críticos para la transición energética y para la industria militar europea. Otras promueven la prospección de estos recursos en el territorio europeo y la futura extracción de los mismos. Entre las medidas aprobadas se encuentra la iniciativa del *Global Gateway*, creada en diciembre de 2021, en respuesta y alternativa a la iniciativa china de la Franja y la Ruta. Este programa busca movilizar una suma de hasta 300 mil millones de euros entre 2021 y 2027, en inversiones en infraestructura en los sectores digital, energético y de transporte, y fortalecer los sistemas de salud, educación e investigación en países emergentes. En este contexto se aprobó en 2024 la Ley de Materias Primas Críticas, que busca asegurar el suministro seguro y sostenible de las materias fundamentales para el desarrollo tecnológico industrial actual, tanto en relación con la transición energética, como con la economía digital y de guerra, consolidando para ello cadenas de suministros europeas y asociaciones con terceros países que reduzcan la dependencia respecto de un solo proveedor¹¹. Estas iniciativas guardan también relación con las metas fijadas para el programa *ReArm Europe*, de incentivo a la industria armamentista europea, aprobado en 2025.

Es paradójico observar que mientras los discursos de dirección política de la Comisión Europea promueven la austeridad fiscal e insisten en la impostergable necesidad de recortar los presupuestos sociales y ambientales, las medidas de estímulo a la industria militar permiten activar la cláusula derogatoria del Pacto de Estabilidad y Crecimiento europeo que establece límites al gasto público. Se autoriza así el aumento de 1,5 % del PBI de los gastos de defensa de los países miembros con el objetivo de recaudar 650 mil millones de euros que serán destinados a financiar la industria de armamentos¹². Este multimillonario programa industrial-militar expresa la decisión de las actuales autoridades de la Unión de profundizar el desmantelamiento neoliberal de las conquistas y derechos sociales y ambientales, así como de reorientar a la industria militar una parte significativa de las partidas presupuestarias de estos rubros; decisión que atenta contra la reversión de las tendencias climáticas actuales, en tanto que:

El aumento del gasto militar supone incrementos directos en las emisiones militares por diferentes vías. Esto resulta especialmente preocupante ya que el incremento de la producción militar [...] requiere un alto consumo energético que limita considerablemente la descarbonización militar [...] las adquisiciones actuales de material militar implican que las fuerzas armadas estarán atadas durante décadas a equipos que consumen grandes cantidades de combustibles fósiles. (Kinney et al., 2025, p. 7).

Del fracaso del ecocapitalismo a la construcción de las transiciones justas

Las catástrofes climáticas locales que se abaten sobre diferentes regiones, países y ciudades del mundo son manifestaciones de la crisis socioambiental que amenaza la continuidad de la vida en los territorios. El aumento de la temperatura de la Tierra y la recurrencia de tormentas, inundaciones, incendios, olas de calor y frío, entre otros fenómenos, ponen de manifiesto el fracaso de las soluciones ecocapitalistas o del capitalismo verde.

Otra expresión de este fracaso es el incumplimiento y la dilución de los compromisos asumidos por los países industrializados para el financiamiento de la transición ecosocial en los países del Sur Global y que hoy representa aproximadamente menos del 5 % de las necesidades reales. Pero no se trata solamente del incumplimiento de estos compromisos que refleja la profunda asimetría de las relaciones de poder

11. El objetivo de esta autonomía estratégica se relaciona con la creciente tensión diplomática y militar con Rusia, la orientación del gobierno estadounidense y la intensificación de las rivalidades con China. Sin embargo, la Ley de Materias Primas Críticas ha sido cuestionada por sus efectos en el propio territorio europeo, señalando que no establece ningún objetivo concreto para la reducción de la demanda de materiales críticos.

12. Según datos de 2022, el gasto militar de los países del Norte Global es treinta veces superior a la contribución que realizan para financiar los compromisos climáticos (Kinney et al., 2025, p. 7).

en el sistema mundial.

Se trata sobre todo del fracaso de las estrategias adoptadas para enfrentar el deterioro climático y ambiental y que promueven la capitalización de la naturaleza y la mercantilización del clima. Este fracaso se asienta en las propias contradicciones de las racionalidades ambientales del capitalismo verde, en especial en la convicción en la capacidad de revertir la devastación ecológica y ambiental del capitalismo con mecanismos de mercado que reproducen las lógicas y las dinámicas que originaron la crisis.

Un ejemplo de ello es la creencia en que la descarbonización de nuestras sociedades es necesaria no solamente desde el punto de vista ambiental, sino que es deseable en términos de la racionalidad económica capitalista, y que por lo tanto las empresas e inversores privados se encuentran en una situación privilegiada para llevar a cabo esta transición. Estas ideas funcionan como vehículo para legitimar la creación de los mercados y de los bonos de carbono, la regulación de los permisos y las cuotas de emisión de gases¹³ y los procesos de mercantilización del agua, que destacan su importancia en la regulación climática. En un sentido similar, se promueve el extractivismo verde para asegurar la extracción y/o la producción de bienes naturales considerados estratégicos para la transición energética y la descarbonización (litio, cobre, metales raros, hidrógeno verde y azul, entre otros).

Estos y otros ejemplos de los procesos de mercantilización de la naturaleza, asociados a las estrategias climáticas sistémicas, ponen en evidencia la incapacidad del capitalismo verde de lograr los objetivos perseguidos. El fracaso de estas estrategias profundiza la degradación socio-ambiental y nutre el escepticismo social generado por el incumplimiento de promesas que se revelan falsas, como lo demuestra la sucesión de eventos climáticos catastróficos, crisis sanitarias y migraciones climáticas. Esta realidad contribuye al reforzamiento de las condiciones sociales que determinan el desarrollo de procesos de fascistización social y de fuerzas autoritarias, neofascistas y de extrema derecha, que promueven el ejercicio de la violencia como nuevo ordenador de las relaciones sociales y alientan el racismo, la xenofobia y las violencias patriarcales contra las mujeres, como vectores para la gestión política del descontento.

Por otra parte, estas extremas derechas portan una narrativa respecto de la crisis climática que se llama habitualmente negacionismo climático, que niega las causas sociales del cambio climático y, en ese sentido, exaspera la propia dinámica de la crisis porque priva de toda capacidad de respuesta e intervención social y estatal sobre la misma. (Seoane, 2025b)

Los discursos negacionistas promueven la naturalización de la crisis, desprovisto de fundamentos sociales. En sus manifestaciones más antidemocráticas, este negacionismo climático asume la forma del ecofascismo, que reivindica y promueve un giro autoritario en la gestión estatal de las consecuencias provocadas por la crisis climática, y que está asociada a la defensa activa de privilegios étnicos y de clase. También cabe señalar que el negacionismo climático promueve el extractivismo transnacional (Seoane 2025b), que alimenta la crisis socioambiental y profundiza el despojo de los territorios y el deterioro de las condiciones de vida; hechos que desmienten las promesas de bienestar económico a las que se lo asocia.

Sería incorrecto creer que, ante la crisis climática y socioambiental del capitalismo, el escepticismo y el negacionismo climático constituyen horizontes infranqueables. Al calor de la agudización de la crisis climática y socioambiental se elevaron voces de denuncia contra las falsas soluciones propuestas. Estas voces expresaban los reclamos que dieron lugar al desarrollo del llamado movimiento por la justicia ambiental. La trayectoria de este movimiento, ciertamente heterogéneo y diverso, se enlaza con la historia de las luchas socioambientales en defensa de la vida y de los territorios en los espacios locales, nacionales y regionales. Sus experiencias reivindicativas nutren un conjunto de debates y de programáticas que dan cuenta de la necesidad de promover nuevas prácticas y sociabilidades que hagan posible la regeneración de las bases materiales que sostienen la vida. En el marco de los diálogos e intercambios propios de estos procesos, la cuestión fue recientemente conceptualizada como una transición ecológica

13. Los primeros proyectos de compensación voluntaria de emisiones surgieron en la década del ochenta, pero este mecanismo se formalizó en 1997, con el Protocolo de Kioto. En 2015, el Acuerdo de París fijó un marco para una regulación más amplia, y ratificó la legitimidad de este mecanismo en la estrategia global contra el cambio climático. Esta herramienta es fuertemente cuestionada por ser un mecanismo que facilita a las empresas contaminadoras evitar la reducción de sus emisiones y al mismo tiempo les permite promocionar una imagen corporativa de compromiso ambiental (lavado de cara verde o *greenwashing*). También se señala que los mercados y bonos de carbono contribuyen a la externalización de pasivos ambientales de los países del Norte hacia los del Sur Global.

o transición ecosocial, evocando la necesidad de “dar cuenta del camino de transformaciones necesarias para enfrentar diversas dimensiones del deterioro y despojo socioambiental” (Seoane, 2025a, p. 224). Algunos autores se refieren a ella enfatizando su significado en referencia a la idea de *reexistencia* y de *territorialización de la vida* (Leff, 2023). Otros autores/as sostienen que su extensión temporal no se limita a la idea de la necesaria transformación de la matriz hidrocarburífera del capital, sino que “[...] apunta a un cambio integral del régimen socioecológico, en el plano energético productivo y urbano, hacia modelos que articulen la justicia social con la justicia ambiental, hacia prácticas económicas y productivas basadas en la reciprocidad, la complementariedad y los cuidados; hacia un nuevo pacto con la naturaleza, que garantice la sostenibilidad de la vida digna” (Svampa, 2023, p. 36).

La relevancia social y política de estas cuestiones en la transformación ecosocial nos coloca frente a enormes desafíos. Se trata, por un lado, de resignificar y transformar cotidiana y colectivamente *desde abajo* un conjunto de valores, de prácticas productivas y reproductivas fundadas en el reconocimiento de la ecodependencia y de la interdependencia de nuestra especie, que garanticen la regeneración de la vida. Al mismo tiempo resulta necesario pensar e impulsar un conjunto de transformaciones de la materialidad estatal que, en sentido democrático y democratizante, impliquen la modificación de su matriz capitalista, antropocéntrica y patriarcal. Esta cuestión resulta esencial para la formulación y la implementación de políticas públicas específicas que consoliden la transición ecosocial.

Las catástrofes climáticas que afectan con más fuerza a los sectores empobrecidos revelan la urgencia de impulsar también un conjunto de medidas que, en el lenguaje de los acuerdos internacionales, se denominan de adaptación. Se trata, ni más ni menos, de implementar políticas y acciones para reducir los impactos del cambio climático, minimizar los daños causados por los eventos extremos y fortalecer la capacidad de respuesta y resistencia de los ecosistemas y comunidades (Seoane, 2025a, p. 226).

En Nuestra América, las agendas de las transiciones justas se inspiran y se nutren de las experiencias sociales y de los debates que, aún en circunstancias complejas como las presentes, cuestionan los fundamentos y los efectos de las respuestas sistémicas a la crisis climática y ambiental. Se hacen visibles en el quehacer comunitario de diferentes movimientos sociales, organizaciones populares barriales y campesinas; colectivos culturales, de jóvenes y de mujeres; asociaciones; sindicatos y colectivos universitarios que cotidianamente promueven la agroecología y la reforma agraria integral, que garantizan los cuidados y que se ocupan de sostener y transformar las condiciones de vida en los barrios populares. En la difusión de estas y de otras prácticas radica la transformación de la matriz energética, basada en la producción y en la gestión comunitaria de las energías renovables y la promoción de los ideales de justicia social y de desmercantilización, capaces de distribuir los ingresos y resignificar el sentido de la producción social de bienes en una perspectiva ecológica y regenerativa de la vida.

Referencias bibliográficas

- Banco Mundial. (2024). Panorama general sobre pobreza. <https://www.bancomundial.org/es/topic/poverty/overview>
- Blanc, G. (2022). *L'invention du colonialisme vert. Pour en finir avec le mythe de l'Éden africain*. Flammarion.
- Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Ediciones Luxemburg.
- Bringel, B., Lang, M., y Manahan, A. (2023). Colonialismo verde: raíces históricas, manifestaciones actuales y su superación. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, (163), 13–24. <http://hdl.handle.net/1854/LU-01HMY19F9STGQE0EPGSYSWZZCH>
- Callahan, C., y Mankin, J. (2025). Carbon majors and the scientific case for climate liability. *Nature*, 640, 893–908. <https://doi.org/10.1038/s41586-025-08751-3>
- CarbonBombs. (2025). CarbonBombs. <https://carbonbombs.org/?tab=projects>
- Carbone, R. (2025). *Ultra: Aristocracia tecnofinanciera, capitalismo mafioso y fascismo global*. Sudamericana.
- Chancel, L., Piketty, T., Saez, E., y Zucman, G. (2022). *World inequality report 2022*. World Inequality Lab. https://wir2022.wid.world/www-site/uploads/2023/03/D_FINAL_WIL_RIM_RAPPORT_2303.pdf
- Comisión Europea. (2019). El Pacto Verde Europeo. https://commission-europa-eu.translate.goog/strategy-and-policy/priorities-2019-2024/european-green-deal_en
- Crist, E. (2013). On the poverty of our nomenclature. *Environmental Humanities*, (3), 129–147. <https://doi.org/10.1215/22011919-3611266>
- Crist, E., y Kopnina, H. (2014). Unsettling anthropocentrism. *Dialectical Anthropology*, 38, 387–396. <https://doi.org/10.1007/s10624-014-9362-1>
- Crutzen, P. (2002). Geology of mankind—The Anthropocene. *Nature*, 415, 23. <https://www.nature.com/articles/415023a>
- Crutzen, P., y Stoermer, E. (2000). The Anthropocene. *IGBP Newsletter*, (41), 12. <http://people.whitman.edu/~frierspr/Crutzen%20and%20Stoermer%202000%20Anthropocene%20essay.pdf>
- European Commission. (2022). *CO₂ emissions of all world countries*. https://edgar.jrc.ec.europa.eu/report_2022?vis=pop#emissions_table
- Ferdinand, M. (2019). *Une écologie décoloniale: Penser l'écologie depuis le monde caribéen*. Éditions du Seuil.
- Forest Declaration Assessment. (2025). *Tracking progress on 2030 forest goals* [Report]. <https://forestdeclaration.org/wp-content/uploads/2025/10/Assessment2025.pdf>
- Forest & Finance. (2025). *Banking on biodiversity collapse 2025: After ten years of paper promises, it's time to regulate finance* [Report]. https://forestsandfinance.org/wp-content/uploads/2025/11/BOBC_2025_vENG_WEB.pdf
- Foster, J. B. (2014). Marx y la fractura en el metabolismo universal de la naturaleza. *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*. <https://www.herramienta.com.ar/marx-y-la-fractura-en-el-metabolismo-universal-de-la-naturaleza>
- Foster, J. B., y Clark, B. (2004). Imperialismo ecológico: la maldición del imperialismo. *Socialist Register* 2004, 186–201.
- Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal: Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el*

planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia. Siglo Veintiuno Editores.

- Grosfoguel, R. (2022). *De la sociología de la descolonización al nuevo antiimperialismo decolonial*. Akal.
- Hallmann, C. A., et al. (2017). More than 75 percent decline over 27 years in total flying insect biomass in protected areas. *PLOS ONE*, 12(10), e0185809. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0185809>
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Herrero, Y. (2013). Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista de Economía Crítica*, (16), 278–307.
- Hickel, J. (2020). Quantifying national responsibility for climate breakdown. *The Lancet Planetary Health*, 4(9), 399–404. <https://www.thelancet.com/action/showPdf?pii=S2542-5196%2820%2930196-0>
- International Energy Agency (IEA). (2025). *Global energy review 2025*. <https://www.iea.org/reports/global-energy-review-2025>
- Jung, M. (2023). *El capitalismo digital es una mina, no una nube: Explorando las bases extractivistas de la economía de datos*. Transnational Institute. <https://www.tni.org/en/article/digital-capitalism-is-a-mine-not-a-cloud?translation=es>
- Katz, C. (2024). *América Latina en la encrucijada global*. Editorial El Colectivo.
- Kinney, E., et al. (2025). Accounting for the uncounted: The global climate impact of military activities (NZE Policy Briefing Note No. 2/25). Griffith Climate Action Beacon. <https://doi.org/10.25904/1912/5854>
- Leff, E. (2019). *Ecología política. De la deconstrucción del capital a la territorialización de la vida*. Siglo Veintiuno Editores.
- Leff, E. (2023). Devenir de la vida y transcendencia histórica: las vías abiertas del diálogo de saberes. En *Transiciones justas. Una agenda de cambios para América Latina y el Caribe* (pp. 89–114). CLACSO & Oxfam.
- Lewis, S., y Maslin, M. (2015). Defining the Anthropocene. *Nature*, 519, 171–180. <https://doi.org/10.1038/nature14258>
- Malm, A. (2015). O mito do antropoceno. *Piseagrama*, 8, 24–31. <https://piseagrama.org/artigos/o-mito-do-antropoceno/>
- Malm, A. (2016). *Fossil capital: The rise of steam power and the roots of global warming*. Verso.
- Malm, A., y Hornborg, A. (2014). The geology of mankind? A critique of the Anthropocene narrative. *The Anthropocene Review*, 1, 62–69.
- Merino, G. (2024). Transición de poder mundial y guerra mundial híbrida. *Revista Estado y Políticas Públicas*, 23, 31–56. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.18512/pr.18512.pdf
- Merino, G., y Morgenfeld, L. (2025). Nuestra América, la avanzada de Trump y la aceleración de la transición geopolítica. *Boletín del Grupo de Trabajo Estudios sobre Estados Unidos*, 13, 5–15. https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2025/05/V1_Estados-Unidos_N13.pdf
- Moore, J. W. (2017). The capitalocene, part I. *The Journal of Peasant Studies*, 1–37. <https://doi.org/10.1080/03066150.2016.1235036>
- Moore, J. W. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de Sueños.
- Moore, J. W. (2024). *L'écologie-monde du capitalisme. Comprendre et combattre la crise environnementale*. Éditions Amsterdam.
- Moréna, É. (2023). *Fin du monde et petits fours. Les ultra-riches face à la crise climatique*. La Découverte.

- Nieva, M. (2024). *Ciencia ficción capitalista: cómo los multimillonarios nos salvarán del fin del mundo*. Anagrama.
- Oxfam. (2025a). *El saqueo continúa. Pobreza y desigualdad extrema, la herencia del colonialismo*. <https://oxfamlibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/621668/bp-takers-not-makers-200125-es.pdf>
- Oxfam. (2025b). *Climate plunder. How a powerful few are locking the world into disaster*. <https://policy-practice.oxfam.org/resources/climate-plunder-how-a-powerful-few-are-locking-the-world-into-disaster-621741/>
- Parlamento Europeo. (2024). Plásticos en el océano: datos, consecuencias y nuevas normas europeas. <https://www.europarl.europa.eu/topics/es/article/20181005STO15110/plasticos-en-el-oceano-datos-efectos-y-nuevas-normas-europeas-infografia>
- Planetary Health Check. (2025). *Our planet's vital signs are flashing red*. <https://www.planetaryhealthcheck.org>
- PNUMA. (2025). *Keeping the promise. Annual report 2023*. <https://www.unep.org/resources/annual-report-2023>
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Antología esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777–832). CLACSO.
- Reporter Brasil. (2025). Alertas de desmatamento por agrotóxicos no Mato Grosso crescem 800% em 2025. <https://reporterbrasil.org.br/2025/10/alertas-desmatamento-agrotoxicos-mato-grosso-crescem/>
- Saito, K. (2022). *El capital en la era del Antropoceno*. Sinequanon.
- Sandwell, K., y Hamouchene, H. (Eds.). (2024). *Desmantelar el colonialismo verde. Energía y justicia climática en la región árabe*. CLACSO-TNI.
- Schöngart, S., et al. (2025). High-income groups disproportionately contribute to climate extremes worldwide. *Nature Climate Change*, 15, 627–633. <https://doi.org/10.1038/s41558-025-02325-x>
- SEI, Climate Analytics, y IISD. (2025). *The Production Gap Report 2025*. <http://productiongap.org/2025report>
- Seoane, J. (2017). *Las (re)configuraciones neoliberales de la cuestión ambiental*. Ediciones Luxemburg.
- Seoane, J. (2025a). *Neoliberalismo, neofascismo y crisis climática*. Editorial El Colectivo.
- Seoane, J. (2025b). Todo tiene que ver con todo. <https://anccom.sociales.uba.ar/2025/04/todo-tiene-que-ver-con-todo/>
- Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O., y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The great acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81–98.
- Steffen, W., Crutzen, P., y McNeill, J. (2007). The Anthropocene: Are humans now overwhelming the great forces of nature? *Ambio*, 36, 614–621.
- Svampa, M. (2023). Dilemas de la transición ecosocial desde América Latina. En AA.VV. (Eds.), *Transiciones justas. Una agenda de cambios para América Latina y el Caribe* (pp. 35–87). CLACSO-Oxfam.
- The Guardian. (2025). Amazon strategised about keeping its datacentres' full water use secret, leaked document shows. <https://www.theguardian.com/technology/2025/oct/25/amazon-datacentres-water-use-disclosure>
- The New York Post. (2025, January 8). The Donroe doctrine. Trump's vision for hemisphere. <https://nypost.com/cover/january-8-2025/>
- Trump, D. (2025). President Trump's America First priorities. <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/2025/01/president-trumps-america-first-priorities/>

- Valantin, J.-M. (2022). *Géopolitique d'une planète dérégulée. Le choc de l'Anthropocène*. Éditions du Seuil.
- Vallone, S., y Lambin, E. (2023). Public policies and vested interests preserve the animal farming status quo. *One Earth*, 6(9), 1213–1226. <https://doi.org/10.1016/j.oneear.2023.07.013>
- Villarrubia-Gómez, P., et al. (2024). Plastics pollution exacerbates the impacts of all planetary boundaries. *One Earth*, 7(12), 2119–2138. <https://doi.org/10.1016/j.oneear.2024.10.017>
- WMO. (2024). *Significant weather & climate events 2023*. https://wmo.int/sites/default/files/2024-03/Supplement_2023_200324.pdf
- WMO. (2025). *Estado del clima mundial en 2024*. https://library.wmo.int/viewer/69642/download?file=WMO-1368-2025_es.pdf&type=pdf&navigator=1
- WMO. (2025). *Significant weather & climate events 2024*. https://wmo.int/sites/default/files/2025-03/State%20of%20the%20Global%20Climate%202024_Extremes%20Supplement.pdf
- WMO. (2025). *WMO global annual to decadal climate update 2025–2029*. <https://wmo-int.translate.goog/files/wmo-global-annual-decadal-climate-update-2025-2029>
- Zou, Y., et al. (2025). Fragmentation increased in over half of global forests from 2000 to 2020. *Science*, 389(6765), 1151–1156. <https://www.science.org/doi/10.1126/science.adr6450>

Sobre el autor

Emilio Taddei es Doctor en Ciencias Políticas por el Instituto de Estudios Políticos de París (IEP, Fundación Nacional de Ciencias Políticas de Francia). Se desempeña como docente-investigador en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa), en el Departamento de Planificación y Políticas Públicas, donde dicta la asignatura Teoría del Estado en la carrera de Ciencia Política y Gobierno. Es Investigador Adjunto del CONICET en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Sus principales líneas de investigación se centran en los movimientos sociales, las resistencias al neoliberalismo en América Latina y las problemáticas socioambientales, especialmente en relación con los procesos de mercantilización del agua y los conflictos asociados a estos.

Cómo citar: Taddei, E. (2026). El fracaso del capitalismo verde y los desafíos frente a la crisis socioambiental del neoliberalismo. *Allá Ité. Territorio y cultura en América*, 1(1), 1-24. <https://doi.org/10.18294/allait.2026.6082>

Recibido: 10/10/2025
Aceptado: 05/12/2025
Publicado: 17/03/2026

